

4o Domingo de Cuaresma B/2012

Las lecturas de este cuarto domingo de Cuaresma hablan sobre el poder salvador de Dios. Ese poder se ha manifestado totalmente con el envío de Jesús al mundo y con su muerte en la cruz para nuestra salvación.

En la primera lectura, el libro de Crónicas recuerda la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud en Babilonia. En aquel tiempo, en el exilio, el pueblo creció en la conciencia de que sus pecados eran la causa de toda su miseria.

Ellos recordaron que en su compasión, Dios les envió mensajeros y profetas para prevenirlos, pero no se preocuparon. No sólo se burlaron de ellos, sino que además se mofaron de ellos. Como consecuencia, sus enemigos los invadieron, mataron a muchos y destruyeron su país y el templo. A los que escaparon de la espada, los llevaron presos y esclavos en cautiverio.

Sin embargo, a pesar del pecado de Israel, Dios no los abandonó. En su misericordia y compasión, Él levantó a Ciro, rey de Persia, para liberarlos y para que volvieran a su patria y reconstruyeran el templo en Jerusalén.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es el maestro de la historia que puede girar los acontecimientos de la historia humana para el bien de aquellos a los que ama. Otra idea es que Dios es tan misericordioso que continuamente perdona los pecados de su pueblo mostrándole su amor.

Como San Pablo dice en la segunda lectura, Dios es rico en misericordia debido al gran amor que nos tiene. A causa de ese amor, Él nos ha dado la vida en su hijo, Jesucristo, aun cuando estábamos muertos por nuestros pecados.

Todo esto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy cuando insiste en el amor que Dios nos muestra al enviar a Jesús al mundo. En primer lugar, el Evangelio relaciona la conversación entre Jesús y Nicodemo. En esa conversación Jesús recuerda un viejo acontecimiento de una serpiente de bronce por el cual el pueblo de Israel fue salvado durante su viaje en el desierto.

Para Jesús, así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así Él será levantado para que todo el que crea en Él tenga vida eterna. Por eso, Él declara que Dios no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvara por Él.

Entonces, si hay condenación es para aquellos que no creen en Él. Por eso, Jesús se compara a una luz que vino al mundo a fin de aclarar todo. Pero, en vez de aceptarla, la gente prefirió vivir en tinieblas. Los que prefirieron las tinieblas a la luz, no sólo eran malos, sino que además obraron mal. Pero por el contrario, el que vive en la verdad no teme a la luz, porque todas sus obras son claramente hechas según Dios.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Lo primero es sobre la grandeza del amor de Dios y la paradoja de la cruz. Cuando Juan dice que Dios tanto amó al mundo que le entregó a su Hijo único, nos invita a reconocer la grandeza del amor de Dios por nosotros. De hecho, la experiencia humana nos ha enseñado que cuando alguien ama, por ejemplo como padres, él o ella da a sus hijos todo lo que tiene. Esto significa también que esa persona es capaz de aceptar el sacrificio que el amor de sus queridos le impone.

Es exactamente lo que Dios ha hecho enviando a Jesús al mundo. Él nos amó tanto que no vaciló en enviar a su Hijo único al mundo. Jesús, por su parte, nos amó tanto que nos dio todo, incluso su propia vida en la cruz para nuestra salvación.

Con esa perspectiva, la muerte de Jesús en la cruz, a pesar de lo amarga que pueda ser, es la prueba última del amor de Dios por el mundo. De la misma manera, la cruz es una gracia a través de la cual experimentamos el amor de Dios. Entonces, se hace claro por qué Jesús dice que así como Moisés levantó la serpiente, Él será levantado en la cruz a fin de dar vida a aquellos que creen en Él.

El segundo punto que aprendemos se refiere a la importancia de nuestra responsabilidad. De hecho, cuando Jesús dice que el que cree en Él no será condenado y que el que no cree ya está condenado, nos invita a ser responsables de nuestra fe.

De hecho, nuestra perdición y nuestra salvación dependen completamente de nosotros y de nuestra actitud hacia Jesús. En ese sentido, no es Jesús quien nos condena, porque Dios no lo envió al mundo a condenarlo, sino para que lo salvarlo. Al contrario, nos condenamos nosotros cuando excluimos a Jesús de nuestra vida y cuando no hacemos de su palabra el principio que rige nuestra vida.

Por eso somos responsables de nuestra muerte y nuestra vida eterna. Lo que hacemos a fin de pertenecer a Jesús y cumplir su palabra en nuestra vida tiene un gran papel en la determinación de nuestro destino. Hay, de parte de Dios, un verdadero deseo de que nos salvemos, pero Dios no puede salvarnos sin nuestro consentimiento. Lo que hacemos en respuesta al deseo de Dios cuenta mucho para nuestro futuro. Una buena opción conduce a la salvación mientras que una mala opción conduce a la perdición.

El último punto que quiero tocar es acerca del simbolismo de la luz y las tinieblas. Es asombroso que en este texto Jesús use la palabra “luz” cinco veces a diferencia de la palabra “tinieblas”. La luz define el reino de Dios y de Cristo como uno de calidad y justicia. Las tinieblas describen la esfera de Satanás como una del mal e impiedad. En ese sentido, hay dos destinos ante cada uno de nosotros, es decir, la felicidad y la miseria.

Por lo tanto, cuando Jesús usa estas palabras, Él quiere que nos demos cuenta de que un drama existe alrededor de nosotros, de que hay una confrontación continua entre la luz y las tinieblas. Si elegimos el camino de la luz, optamos por la vida; si elegimos el camino de las tinieblas, optamos por la muerte. Y aún así, Él ha venido a fin de dar la vida. Por eso, tenemos que optar por Él para que podamos vivir eternamente. Jesús ha venido para aclarar nuestros ojos con su presencia divina, de modo que un día participemos en su resurrección. Este es el desafío de este tiempo de Cuaresma: elegir a Jesús y optar por la vida eterna. ¡Que Dios nos dé el coraje para rechazar las tinieblas y para elegir a Jesús!
¡Que Dios los bendiga a todos!

2 Crónicas 36, 14-16. 19-23; Efesios 2, 4-10; Juan 3, 14-21

Fecha de la Homilía: 18 de marzo de 2012

© 2012 – Padre Felicien I. Mbala, PhD., STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

Nombre de Documento: 20120318homilia.pdf